



El joven Rodrigo Díaz, cuando aun no era el temido Cid, derrota y da muerte al conde Lainez, que ultrajara a su padre. (Dibujo de Guillaume, 1856).



La entrada de los ejércitos del Cid, con el Campeador a la cabeza. (Dibujo de Guillaume, 1856).

TRES CABALLOS SIMBOLICOS

EN virtud de una singular parábola histórica el caballo ha contribuido sucesivamente a la emancipación, a la grandeza y a la decadencia imperial de España.

El caballo, regido por los castellanos, empujó al sarraceno, luego de un asentamiento de ocho siglos en la Península, hacia sus antepasados y ardientes cuarteles del África berberisca; el caballo, montado por los conquistadores del siglo XVI, arrebató a los aborígenes el Nuevo Mundo, descubierto por Colón; y el caballo, finalmente, fue el instrumento guerrero con que los criollos americanos sacudieron la tutela de la madre patria.

El caballo está unido desde los más remotos tiempos a la historia de España. Al describir las riquezas de su tierra el rey Alfonso X el Sabio dice que es "abundada de mieses, deleitosa de frutos, viziosa de pescados, sabrosa de leche... llena de venados et de caza, cubierta de ganados, llena de caballos...". Pero en lo que respecta a los caballos el anónimo autor del Poema de Fernán González es más terminante todavía:

"Por lo que ella más val, aun non vos
[lo dizeis:
de los buenos cavallos a'n mención
[non vos fizeis;
nunca tales cavallos en el mundo
[nunca viemos."...

La tierra de los mejores caballos fue también la cuna de los mejores caballistas y caballeros, y a lo largo de toda la historia el galope de los ferrados cascos advierte a los invasores que hombres ecuestres vigilan el destino violento de una nación libertaria y belicosa.

En la trayectoria secular de España se definen dos tipos humanos contrapuestos, que por lo mismo son complementarios e inseparables. Uno de ellos es el hombre señorial: el hidalgo, el caballero, el guerrero montado. El otro es "el hombre malo del campo y de la aldea", el mezquino agricultor que describe Antonio Machado en *Campos de Castilla*.

El hombre señorial de todas las clases sociales — sólo en España hubo caballería villana o popular — comienza su cabalgata durante la Reconquista, gana la América a horcajadas, hace golpear los cascos de sus corceles en las lavas de Nápoles, en las grises montañas de Flandes, en el mediodía frutal de Francia. Y así cabalgando siempre, agranda un imperio, lo defiende, lo pierde, y regresa soberbio y sañudo, grave y melancólico, orgulloso y callado, a su solar de dura piedra, a su encina de duro palo, a su pan de dura entraña.

El labriego, en cambio, echa a rodar "la errante sombra de Caín" sobre los páramos castellanos, padece en las barracas los sórdidos dramas de la huerta valenciana, atruena con su jácara vegetal los cortijos

Grandeza y Decadencia

Parábola ecuestre de la historia

andaluces, riega con lágrimas los olivos de la Hurdas, gime bajo las lluvias que empañan los hórreos galaicos, se encierra en los panales telúricos de Asturias y dispara sus ordagos en las tabernas de Vizcaya.

El choque de los hombres de a caballo y los labriegos apeados tuvo siempre resonancia en España, y las crónicas andaluzas están llenas de estos lances.

Pero el motivo de nuestro ensayo es otro. Procura protagonizar la dinámica social y espiritual española en tres caballos, a saber: el corcel blanco de Sant-Yago, Babieca y Clavileño.

El caballo del patrono español es mítico, el Babieca del Cid Campeador es real y el Clavileño del Caballero de la Triste Figura es fantástico.

Ya tenemos los tres elementos que mueven a secular combate el alma española:

la leyenda, la realidad y la fantasía. Por el primer caballo el pueblo español hace una madrugadora profesión de fe heroica; por el segundo, una diurna afirmación de poderío; por el tercero, una evasión crepuscular y melancólica.

EL CORCEL DE SANT-YAGO

España ya ha sentido sobre su ruda piel terrestre, el paso del celta, del fenicio, del griego, del cartaginés, del romano, del vándalo y del visigodo. Ahora recibe una nueva visita racial y cultural: en medio de la estridencia de sus chirrimías y el relincho de sus jacos el moro trepa hacia el Norte y acorrala al español sobre el Cantábrico.

Y es próximo a este mar, precisamente, donde se halla el escenario de nuestro relato mítico.

Por el camino que parte de Peñón avanza una carreta arrastrada por dos toros... No nos sorprenda el hecho y preparémonos para el milagro, pues la carreta conduce el ataúd de cedro donde va, muerto e incorrupto, Santiago el Mayor, el hijo del Trueno.

Según una piadosa leyenda, Santiago, discípulo y primo de Jesús, ya había predicado en España. En el año 43, de regreso a Jerusalén, Herodes lo hizo decapitar. Ahora retornan sus mortales restos al lugar de su juvenil misión evangélica. Y a orillas del Sar, en Galicia, los siete varones justos que custodian su cuerpo se detienen y dan sepultura al Apóstol.

Pasan así siete siglos. Ya va uno de dominación sarracena y la memoria de Santiago se pierde en el túnel de los tiempos. Pero Santiago se defiende del olvido, que es peor que la misma muerte, y quiere ayudar a su antigua grey. Hace brotar lucas en el campo donde yace y todos los atardeceres las milicias del cielo entonan cantatas en su alabanza. La tumba es descubierta finalmente por el obispo de Iria Flavia hacia el año 814. En el alucinado y solitario campo de la estrella (*campus stellae*) surgirá la futura sede de Santiago de Compostela, la ciudad del Apóstol, centro de un activo culto europeo durante la Edad Media.

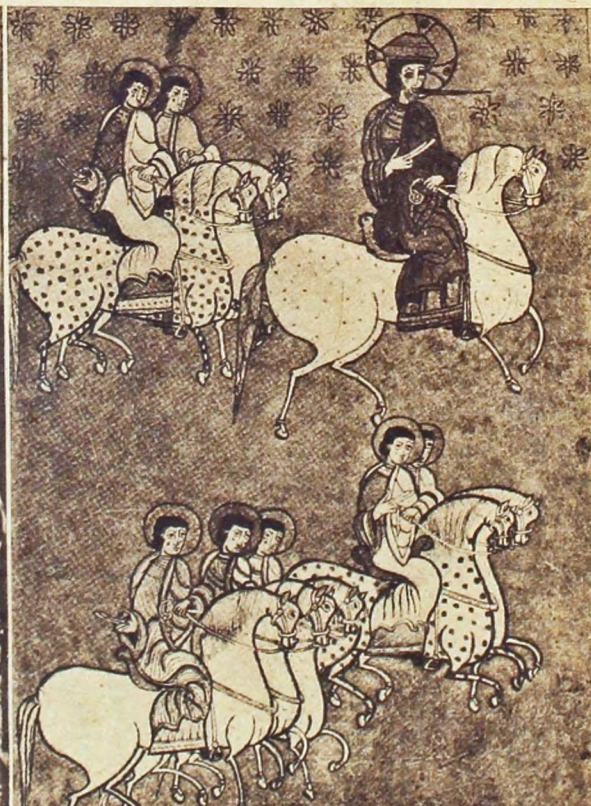
Pero hay algo en la devoción a Santiago — manso pescador judío convertido en caballero español — que tiene mayor trascendencia que la bella leyenda.

Los estancieros del Corán y el grito de ¡Alá! no encontraban respuesta plausible en el puñado de españoles perseguidos que se revolaban como lobos famélicos en la montaña. Para luchar contra los árabes y beberes el Cristo de los Evangelios era un varón inútilmente dócil, una admonición de paz y no un músculo de guerra. Se necesitaba un pendón apasionado, un alma impaciente, un símbolo de fe bárbara y combativa.

Y un buen día aparece el mismísimo Santiago en los campos de lidia, montando un blanco y gigantesco caballo y blandiendo una espada reluciente. Lo ven los españoles en la batalla de Clavijo, ganada por



En una carreta tirada por dos toros es trasladado el cuerpo de Santiago el Mayor hasta la futura Compostela. (Anónimo catalán del siglo XV).



Las milicias celestiales eran representadas por los españoles del siglo XI montando a la jineta. (De Miles Christi, Beato de Osmo, 1086).



La cabeza, a la ciudad de Toledo, arrebatada al moro. (Dibujo de Guillaume, 1856).



Cabalgan el Cid y su padre Don Diego Lainez al frente de caballeros y menaderos por las calles de Burgos. (Dibujo de Guillaume, 1856).

del Caballo ria de España

Ramiro I en 822; cabalga triunfante en la batalla de Logroño; vence en la batalla de Simancas.

Ya tienen un adalid espiritual los caballeros cristianos. Al grito de ¡Alá! contemplan ¡Santiago y a ellos! y cerrarán contra los musulmanes con lanzas enristradas.

Un mito ecuestre mueve a todo un pueblo. Santiago el Mayor no está, en puridad histórica, enterrado en España ni comparece en los combates como incansable matamoros. Vive, obra y cabalga en una sicosis colectiva. Pero pragmáticamente ese mito descabeza sarracenos y levanta el ánimo de los guerreros. El milagro hípico se convierte en dinámica realidad. Y el lobo de las montañas cántabras se convierte en el león rampante de la meseta de Castilla, en la heráldica rugiente de la unidad peninsular.

Esta es la leyenda del primer caballo de España, el blanco corcel de Santiago.

EL CABALLO DEL CID

El caballo de Santiago y su jinete fueron inventados para combatir al moro. Babieca, en cambio, fue arrebatado al moro y vuelto contra su antiguo amo. Dos destinos históricos distintos cabalgan en ambos actos simbólicos y una nueva realidad social se revela en la conducta de Ruy Díaz, el Cid Campeador.

En este momento Castilla se afirma en los estribos de su voluntad reconquistadora y el Cid, exiliado por Alfonso VI, caballero pobre pero leal, enemigo de la gran nobleza que parasita en la corte y (a pesar de las injusticias) devoto del rey, entra en tierra agarena para ganar su pan y territorios a un tiempo.

La historia resume con serena grandeza en el *Cantar de Mio Cid*. Casi todo lo que se narra en el Poema es real y sólo lo adictivo es imaginado por el juglar de Medinaceli. Por eso debemos buscar el segundo y tangible caballo de España en sus páginas de primitivo acento, pero llenas de vigor adolescente y majestad madura.

El Poema del Cid es épico precisamente por ser un poema hípico. La lucha contra el árabe caballista sólo pudo realizarse a caballo. La equitación española sobreviniente fue, por fuerza, una tarea heroica. Los personajes del Poema, fiel espejo de su tiempo, son a la vez los caballos y sus caballeros. Y tan es así que el juglar, al ponderar el denuedo de uno de los capitanes del Campeador, se refiere primeramente a las cualidades de su caballo:

A Minaya Albar Fañes — bien Panda
[el cavallo,
d'aquestos moros — mató treinta
[y cuatro;
espada tajador — sangriento trae
[el brazo,
por el cobdo ayuso — la sangre
[destellando.

La presencia del caballo atraviesa todo el Poema con obsesiva reiteración, a tal punto que justificaría un estudio monográfico. Pero nosotros no buscamos el caso

concreto, sino la inducción interpretativa. Y a todos los caballos los resumimos en Babieca.

Babieca encarna la época más esforzada de la reconquista: cuando hombre y caballo eran el único capital gastable; cuando hidalgos pobres y muchas veces proscritos ganaban su guiso de carnero arrebatando comarcas al sarraceno; cuando la lumbrería crematística de las Indias debía aguardar aún varios siglos para encender sus lámparas de oro; cuando Castilla asentaba la esencia de lo español en los valores físicos y morales de lo combatiente persona humana. Por eso, porque la acción y la pasión estaban antes que la meditación, el despertar espiritual de Occidente en el siglo XII, el proto renacimiento literario y filosófico de Europa, no encontró propicio acogimiento en los yermos de la meseta que lanzaba sus catapultas de hueso, carne, sangre y coraje hacia las fronteras del Islam.

No hay atildamiento ni sabiduría en el Poema de Mio Cid. En sus páginas sólo se escucha el ruido marcial de hombres que hablan poco y hacen mucho, y el relincho de los caballos que dan a esos hombres medida de su señorío y oscura conciencia de un heroísmo que, por ser cotidiano, se incorpora a la vida con la llaneza de un ademán habitual.

Esta es la realidad de Babieca, el segundo caballo de España.

CLAVILEÑO

No es por cierto Rocinante el caballo simbólico de Alonso Quijano, el Bueno. Rocinante, como el cuerpo del Quijote, pertenece a este mundo. El espíritu idealista del hidalgo manchego cabalga y cabalgará por siempre en Clavileño, el caballo de ma-

dera, que sin despegar del patio del palacio ducal, asciende imaginariamente a las altas regiones del cielo.

Pero evoquemos brevemente, antes de descubrir los símbolos, la aventura del corcel de pino.

Ha llegado Don Quijote al palacio de los cínicos y burlescos duques, fieles representantes de la aristocracia que por ese entonces soportaba España.

Para desencantar a las dueñas barbudas debe ir Don Quijote al reino del gigante Malabrundo, guiado al hipoxilo fabricado por el mago Merlin, que otrora montaran el paladín Pierres y su raptada, la linda Magalona.

Don Quijote, como siempre, se traga bonitamente el cuento y sube a Clavileño el Aligero acompañado por Sancho — ¡otra vez el caballero y el labriego! — dispuesto a volar hasta la remota región de Candaya.

El caballo de madera, naturalmente, no se mueve del patio, pero como estaba en el trato vendarse los ojos, el caballero y su escudero emprenden un fabuloso viaje inventado por el delirante hidalgo.

Cuando los criados hacen soplar los fuelles, Don Quijote se cree llegado a la segunda región del aire donde se engendran el granizo y la nieve, y cuando encienden antorchas se imagina estar en la superior región del fuego. Comentan esta ascensión el hidalgo y el rústico con sabrosas razones y, mientras discurren, los duques gozan con sadismo oyendo sus ingenuas pláticas. Hasta que los servidores ponen fuego en el vientre de Clavileño — que Don Quijote no quiso mirar por dignidad, pese a su recuerdo del caballo de Troya — y el artefacto, lleno de escandalosos cohetes, estalla dando con sus jinetes por el suelo.

¿Cuál es la moraleja de esta degradante y miserable aventura?

El Quijote encarna en este instante a España, es la propia España montada en un corcel que vuela con la fantasía pese a estar manado por una afrentosa realidad. España está cansada de enseñarle a morir al mundo, ha gastado demasiado carne noble en los combates, ha derrochado su famosa furia en vano, ha visto hundirse a la Armada Invencible, ha contemplado con desolación sus provincias despobladas, sus pechos sin leche heroica, su vientre sin melizos guerreros. Ya no es la doncella atrevida de los siglos de Santiago ni la J'mena animosa de la epopeya del Cid. Ya se ajen sus mejillas de matrona otoñal, ya caen las comisuras de su boca con rictus amargo, ya su barbilla se apoya pesadamente en el puño dolorido y se entrega al recuerdo de la preterita grandeza.

Cervantes ausculta certeramente el ritmo del cansado corazón de su patria. Y así nace el hijo de su desencanto, el Quijote, un hidalgo del siglo XIII en el árido mundo del siglo XVII, a contramano con hombres y cosas. Don Quijote será el defensor de un ideal fenecido y por ello hará el ridículo; ya no pueden varar por los caminos caballeros andantes ni España puede mantener la principalía que tuviera en el siglo XVI sobre la irritada y envidiosa Europa. Por eso Don Quijote, inocente víctima de los fabricantes de Clavileños, y con él España, víctima de su desmesura épica e hípica, son desmontados por el corcovio de la historia.

Y esta es la melancólica evasión de Clavileño, el tercer caballo de España.

Daniel D. VIDART

(Especial para EL DIA)



Caballeros españoles de la orden de Santiago. (Del "Libro de la Cofradía". Siglo XV. Archivo Municipal).